

## Uno

*Supe que algo no estaba del todo bien* con Dumi la primera vez que puse mis ojos sobre él. El problema es que simplemente no podía decir qué. Doy gracias a Dios por eso.

Hubo un momento en el que tuve la reputación de ser la mejor peluquera de Harare, lo que significaba ser la mejor de todo el país. Amai Ngoro era la clienta con el pelo más encrespado que jamás honró un salón con su presencia y no estaba dispuesta a dejar que ninguna *kiya-kiya* mediocre tocara su pelo. Después de haber probado todos los salones de Harare – y de haberlos rechazado todos – se decidió por el nuestro. La clienta con el pelo más encrespado era también la más charlatana y cotilla. Una vez se convirtió en nuestra clienta, nunca más tuvimos que publicitarnos, siempre y cuando la mantuviésemos contenta. Ese era mi trabajo y la razón por la que la señora Khumalo me pagaba el sueldo más alto.

El Salón de Tratamiento de Belleza y Cabello Khumalo estaba en las Avenidas, a una distancia corta a pie del centro de la ciudad. Nos dedicábamos al cabello pero nunca hacíamos ningún tratamiento de belleza. De todos modos dudo que ninguno de nosotros supiese cómo hacerlos. Había un cartel de metal oxidado pintado de blanco y con las letras en negro en la puerta principal que señalaba nuestro establecimiento. El óxido, acumulado tras varias estaciones de lluvia, había carcomido tanto el cartel que tan solo se podía ver Khu—l-, un dibujo de una mujer con un gran pelo a lo afro y una flecha. Nuestros clientes no lo necesitaban, las direcciones eran simples. ‘Ve hacia arriba desde los Jardines de Harare, pasa de largo dos calles, coge a la izquierda, pasa de largo otra calle y busca la casa azul, no la verde y estás allí.’ Tienes que ser un papanatas para no encontrarlo.

La sección frontal de la casa, que antes había servido como sala de estar, se había convertido en un cibercafé con unos doce ordenadores. Se podía escuchar el zumbido de los ventiladores y el chillido del dialer desde la acera de enfrente. Además los precios no eran del todo malos, comparados con los que tenían en Eastgate o en el Centro Comercial Ximex. El resto de la casa principal la usaba la familia Khumalo, los trece miembros que la formaban.

Nuestro salón estaba al final, en lo que había sido el kaya del muchacho, el cuarto del servicio. Desde el otro lado del patio se percibía el aroma fragante de las cremas alisadoras, tintes, champús y otra docena de productos químicos. El olor se mezclaba con el polvo de la entrada para coches y te dejaba algo en la nariz que no te podías quitar de encima hasta la próxima vez que tenías un constipado.

El edificio había sido ampliado crudamente. Una pared había sido derribada en la izquierda y habían colocado precipitadamente bloques de hormigón para añadir otros siete metros. Semejante genio de la arquitectura nos había dejado un edificio híbrido, como los que

encuentras solo si buscas a fondo. La parte derecha del edificio estaba construida profesionalmente en todos los aspectos, con los ladrillos cocidos apropiados. Se podía ver la línea divisoria donde se usaron los bloques de hormigón barato. Dejando de lado la estética, todos estábamos contentos con el local aunque crujía un poco cuando había tormentas fuertes.

Cada mañana era saludada por Agnes con un “Sisi Vimbai, vuelves a llegar tarde. Las clientas están esperando.” La hija mayor de la señora Khumalo tenía las llaves y abría el salón.

Yo hacía un sonido parecido a ‘Nxii’ con mis labios y entraba sin saludar a la muy arpía. La odiaba, ella me odiaba a mí el doble y, siempre y cuando mami no estuviese allí, no había necesidad de disimular. Todo el mundo sabía que yo era la gallina de los huevos de oro. Si yo me iba, la mitad de las clientas me seguirían. De todos modos hacerlas esperar las hacía darse cuenta de lo afortunadas que eran de siquiera ser atendidas, así que yo en realidad le hacía un favor al negocio.

Había otras tres peluqueras, Memory, Patricia y Yolanda además de Charlie Boy, nuestro barbero, que siempre llegaba oliendo a Chibuku. El salón era mi feudo y yo era la abeja reina. Tiraba mi bolso en el suelo debajo de la mesa de la caja y me preparaba una taza de té.

“Hay un nuevo estilo que quiero que me hagas.” Qué a menudo había escuchado esas palabras, normalmente seguidas de una fotografía doblada arrancada de alguna revista americana.

“Nxii, puedo hacerlo fácilmente, ¡es el estilo perfecto para ti!” Siempre las mimaba con una mentira piadosa.

Solo hay un secreto para ser una peluquera de éxito y nunca se lo escondí a nadie. ‘Tu clienta tiene que irse del salón sintiéndose como una mujer blanca.’ No mestiza, ni india, ni china. Le he dicho esto a todos los que alguna vez me preguntaron y lo que todos quieren saber es cómo haces sentir a alguien como una mujer blanca. Suspiro, bostezo, me rasco.

La respuesta es simple, ‘ser blanco es un estado mental.’

La señora Khumalo entiende esto y esa es la razón por la que nunca me despediría. Las otras chicas no lo entienden y por eso Patricia fue despedida. La muy estúpida se quedó embarazada cuando llevaba menos de seis meses en el trabajo así que la señora Khumalo no tuvo elección. Las peluqueras están ahí para vender una imagen y esa imagen no es empujar un balón de fútbol en la tripa. De repente teníamos una vacante. Mal sabía yo que este pequeño giro del destino iba a costarme mi corona